

La epopeya de la clausura

RAMÓN, siempre

Christopher Domínguez Michael

No recuerdo quién dijo que si en sus manos estuviera reescribir la historia de la literatura en lengua española de la pasada centuria, empezaría por dividirla en dos mitades: la primera para Ramón Gómez de la Serna y la segunda para Borges. Para quienes heredamos esa opinión de nuestros maestros, y la sostenemos, ya dejó de ser una sorpresa que el siglo de Ramón haya terminado sin que el autor de *El circo*, *Descubrimiento de Madrid*, *Explicación de Buenos Aires*, *Automoribundia*, *La Nardo*, *Cinelandia*, *El doctor inverosímil*, *Seis falsas novelas* y de otros libros maravillosos, pasara a ocupar ese lugar primerísimo reservado para él en la literatura mundial, criatura fantástica que fue, cruce de Apollinaire y Quevedo. Quizá fue la propia naturaleza del inventor de las greguerías la que conspiró para que su obra quedase aislada en un magnífico museo que sólo visitan quienes realmente lo merecen, porque, como lo dijo Francisco Umbral, uno de sus valedores, RAMÓN con mayúsculas fue un escritor que nunca entró en el mundo y esa precaución de no nacer le permitió configurar el único momento en que, en aquellos años de las primeras vanguardias, la felicidad y la literatura se encontraron en el tiempo.

Hace diez años, *Biblioteca de México*, la revista ya entonces dirigida por Eduardo Lizalde y fundada por Jaime García Terrés, festejaba sus quince años con un número dedicado a Ramón Gómez de la Serna (1888-1963), el correspondiente a enero-abril de 2006. Escombrando, me he topado con ese número, y reproduzco algunas de las inmortales greguerías. No fue necesario entonces y menos lo es ahora que se cumpliera ninguna onomástica (la Real Academia prefiere la forma femeni-

na), para celebrar a un escritor que pertenecía a otra Academia, la de Real Gana, no requiriendo de la conjunción de otras voluntades que no sean las del ramonismo puro y militante. Por ello resulta lógico que sea José de la Colina, que alcanzó a cartearse con Ramón, quien haya ofrecido hace una década el ensayo introductorio a una entrega memorable, como antes lo fueron las revistas monográficas dedicadas por *Biblioteca de México* a Salvador Díaz Mirón y a Salvador Elizondo. Es el propio De la Colina quien selecciona “Cien

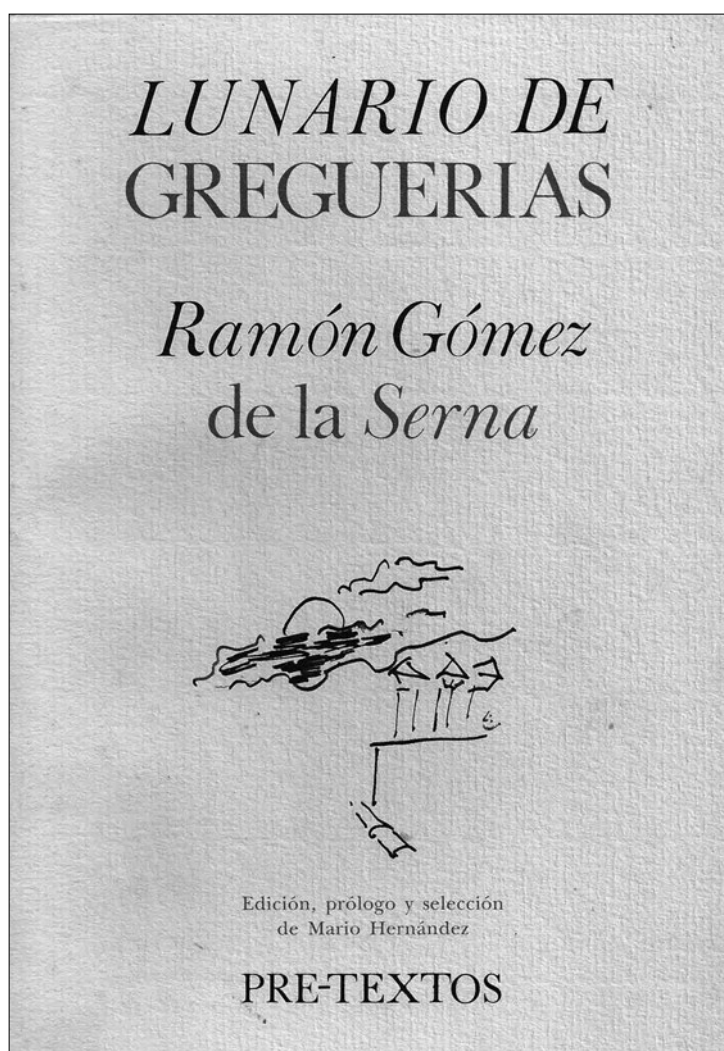
y una greguerías” de las cuales nosotros, a su vez, escogemos algunas:

† El mono tiene cara de criado del hombre.

† Todas las Venus se parecen por detrás.

† ¿Y si las hormigas fuesen los marcianos establecidos ya en la tierra?

† A las mariposas las hacen los ángeles en sus horas de oficina.





Ramón Gómez de la Serna en una fotografía de Alfonso Sánchez Portela, Madrid, 1932

† Al mar le gusta la impunidad y por eso borra toda huella en la playa.

† El mar sólo ve viajar: él no ha viajado nunca.

† Estamos mirando el abismo de la vejez y los niños llegan por detrás y nos empujan.

† La sandía es una alcancía de ocasos.

† El que nos ha confundido con otro nos deja convertidos en dos para siempre.

† La niebla destierra a otro sitio la ciudad.

† En el agua bebemos recuerdos de paisajes.

† La lluvia se puso a teclear en su máquina de escribir.

† Enterramos al perro, pero el ladrido quedó en otro perro que ladraba a lo lejos.

† Los acróbatas tienen la coquetería de la muerte.

† Incendio: tigres de fuego saltando por las ventanas.

† El bostezo quiere abarcar al mundo.

† Daba unos buenos días siempre nublados.

† La timidez es como un traje mal hecho.

† Al levantar del suelo una hoja caída damos la mano al otoño.

† Las estatuas no vuelven la cabeza porque saben que si la volvieran se volverían efímeros seres mortales.

Hojeando *Biblioteca de México* fui a dar al estante donde pongo los libros ramonianos y me encuentro, en búsqueda de lo sintético, *Ramonólogos. Una entrevista imaginaria con Ramón Gómez de la Serna*, útil guía antológica publicada por Francisco Castañeda Iturbide con motivo del centenario (UAM, 1988), de la que tomo la siguiente cita de Benjamín Jarnés. Cita que habla, precisamente, de la tentación de arreglar el mundo

citando a Ramón o al menos de corregir a sus expensas una nota: “El fiel crítico —minuciosamente equipado— despliega con júbilo el abanico de sus citas ante una obra bien emparentada. Pero, ante un libro de Ramón, tan huérfano, tan sin fecha, ¿qué textos, qué fechas, qué nichos venerables se pueden airear, refrescar, desempolvar con fruto? Para ver pasar un libro de Ramón, no vale esa ventana iluminada de la cita por donde asoma su nariz el erudito —iluminada, no luminosa, porque deja el libro a oscuras y apenas nos permite ver la silueta borrosa del notario... Para pesar los libros de Ramón, es preciso traer la báscula de los grandes fardos, como para ‘documentar’ los libros de Ramón es preciso contentarse con textos de Ramón. Aquí el buen erudito debe contentarse a olvidar. Antes de que Ramón subiese al trapecio, ya su arte era glorioso. Glorioso en el más tremendo sentido: en el sentido teológico. No le faltaba dote alguna: ágil, claro, sutil, impasible...”. RAMÓN, como dirían esos franceses a los que despreciaba, *toujours. U*